

## CAPITULO XXXIX.

Sancho II en Castilla.—Sancho I en Aragon.—Sancho III en Navarra.—El rey de Castilla se apodera de los estados de sus hermanos Alfonso y García.—Toma Alfonso VI de Leon el hábito en Sahagun.—Su fuga á Toledo.—Despoja Sancho de la ciudad de Toro á su hermana Elvira.—Muerte del rey de Castilla en el sitio de Zamora.

No pasó mucho tiempo sin que se tocaran las consecuencias del antipolítico paso que dió el buen rey D. Fernando I con la particion que hizo entre sus hijos de aquellos tan pingües Estados que pudie. a reunir bajo su poder.

Varios caballeros leoneses y entre ellos el discreto Arias Gonzalo, hicieron presente al anciano Monarca los males que podrian sobrevenir de semejante particion, mas sordo en aquellas circunstancias á la voz de la experiencia, su amor de padre pudo mucho mas que la razon de Estado, y como ya hemos visto en el capitulo anterior, la particion se llevó á efecto.

Mientras la viuda de Fernando sobrevivió á su esposo, con su buen talento pudo mantener enfrenado el turbulento y ambicioso carácter de D. Sancho, su primogénito, que se mostraba envidioso de sus hermanos, suponiendo que á él solo le correspondia la posesion de todo el reino, mirando con envidia los Estados de sus hermanos.

Para saciar su anhelante deseo de guerras y conquistas, ya que por el momento no podía llevarlas á los territorios de sus hermanos, pensó en arrebatar á su primo Sancho III de Navarra, lo que su padre D. Fernando le dejara, cuando la muerte de D. García en la desdichada batalla de Atapuerca.

Mas el navarro que sin duda tenia alguna agresion de parte de su ambicioso primo, habiase con tiempo confederado con su otro primo Sancho I de Aragon (1), y cuando el castellano pasó el Ebro para realizar sus aspiraciones, encontróse con los dos aliados en el llano en que mas tarde se fundó la ciudad de Viana, batiéndole en tales términos, que tuvo que huir del campo de batalla sobre un caballo desenjaezado.

La victoria obtenida por el navarro dióle ocasion para apoderarse de la Rioja, de la cual á consecuencia de la batalla de Atapuerca, se encautara D. Fernando I.

Pero si Sancho, no pudo obtener venganza de sus dos primos, desquitóse despues de su vuelta á Castilla ensañándose con sus hermanos.

La reina viuda D.<sup>a</sup> Sancha habia fallecido; el obstáculo que hasta entonces contuviera sus ambiciones, desapareció, é irritado el jóven Monarca por la rota sufrida y cada vez mas excitado su deseo, llevó sus huestes al reino de Leon, y aun cuando el Monarca habia pedido auxilio á sus primos de Navarra y Aragon, no llegaron á tiempo, y Alfonso VI tuvo que aceptar la batalla en un lugar á las orillas del Pisuerga donde fue derrotado, viéndose obligado á guarecerse tras los muros de Leon, donde llegó despues de correr muchos peligros (1068).

Como quiera que tanto la entrada por los reinos de Navarra y Leon, como las atenciones que reclamaba Castilla, debía exigir que D. Sancho diese tregua por algun tiempo á su impaciente deseo, pasáronse tres años sin que las crónicas nos relaten nuevos combates.

En 1071, sin conocer las razones de que pudiera valerse el castellano, le vemos de nuevo en Golpejar á orillas del rio Carrion, presentando la batalla á las tropas de su hermano, y batiéndose con un encarnizamiento que no fue bastante sin embargo para impedir que quedara victorioso el leonés.

Dícese que habian concertado los dos hermanos antes del combate, que aquel que quedara triunfante obtendria la posesion de los dos reinos, mas no lo hemos visto justificado plenamente, y por lo tanto no lo podemos afirmar.

D. Alfonso, al ver huir á los castellanos llevado de sus sentimientos de humanidad é hidalguía muy dignos de loa, prohibió que fuesen perseguidos, estableciendo su campo en el mismo lugar antes ocupado por los castellanos, satisfecho con la gran leccion que acababa de dar á D. García.

¡Cuán ajeno estaba de que su misma generosidad le habia de perder!

Retirábase desalentado el rey de Castilla, cuando Rodrigo Diaz, conocido mas tarde por el Cid Campeador que pudo apercibirse, no solamente de que no eran perseguidos, si que tambien del descuido en que quedaran los leoneses sobre el campo de batalla, aproximóse á su señor y le insinuó la favorable coyuntura que se le ofrecia de ganar lo perdido.

D. Sancho, incapaz de apreciar toda la delicadeza y generosidad que habia en la conducta de su hermano, aceptó gustoso aquella ocasion de tomar desquite de su derrota, y revolviéndose prestamente sobre el enemigo, sorprendió al amanecer el campo leonés siendo degollados muchos de los principales caballeros en sus mismas tiendas, y viéndose precisado su Monarca á buscar asilo en la iglesia de Santa Maria de Carrion, confiando, merced á esto, en poderse salvar.

Mas, no le valió la santidad de aquel lugar. De él fue arrancado por los soldados del vengativo castellano y conducido al castillo de Búrgos.

(1) El P. Mariana y con él algunos historiadores suponen que D. Ramiro I de Aragon no habia muerto todavía, suponiendo su fallecimiento en 1067. El erudito cronologista sr. Ferrer del Rio y el historiador D. Modesto Lafuente ponen al principio del reinado de D. Sancho I de Aragon en 1063, época de la muerte de su padre, y esta es la opinion que seguimos por creer la mas justificada.

Ningun obstáculo podia ya oponerse á D. Sancho para apoderarse del reino de Leon. Penetró en la capital y quedó desde aquel momento hecha la incorporacion de aquel Estado á los de Castilla, en virtud de la ley del mas fuerte.

D.<sup>a</sup> Urraca, que precisamente era D. Alfonso el hermano á quien mas queria, interesóse por él con D. Sancho para que le diese libertad. Accedió, este pero á condicion de que tomase el hábito religioso en el monasterio de Sahagun, temeroso de que de otro modo no procurase alzarse con el reino que él, tan sin razon, le arrebatara.

Aconsejaron á Alfonso sus caballeros que aceptase por el momento, pues fácil seria que mas adelante variaran las circunstancias, y poco tiempo despues de haber entrado en el convento, favorecido por los mismos leales amigos que no le abandonaron á pesar de su desgraciada suerte, pudo dejar el claustro y marchó á Toledo donde pidió hospitalidad y amparo al rey Al-Mamum, quien se la concedió generosamente.

Los hermanos Ausurez que fueron quienes mas trabajaron para su fuga, reuniéronse con él y bien pronto en el sitio que habitaba el ex-monarca de Leon, formóse una colonia de familias cristianas que á cada paso veíanse obligadas á salir de los dominios del Monarca de Castilla.

La ambicion de este no habia quedado satisfecha con la victoria obtenida sobre su hermano el de Leon. Ambicionaba tambien los Estados de Galicia que poseia su otro hermano D. García, y hácia aquel punto se dirigió.

Así como en el reino de Leon tuvo D. Sancho que luchar contra todo el país que amaba extremadamente á su soberano, no le sucedió lo mismo en Galicia.

D. García á fuerza de exacciones y de maltratar á sus súbditos, habia conseguido hacerse aborrecible de estos, en términos, que amotinados un dia, asesinaron en presencia suya á uno de sus servidores llamado Vernula, cuyas delaciones habia concitado contra él la cólera popular.

Fácil es de comprender que los pueblos verian en D. Sancho no un conquistador ambicioso sino un libertador, y acogiéndole benévola mente pudo tan solo reunir García trescientos soldados para hacer frente á las tropas de su hermano.

Pidió auxilio entonces á los moros de Portugal, mas estos rechazaron su demanda, y viniendo al fin á caer en poder de su hermano y encerrado en el castillo de Luna, fue poco despues puesto en libertad mediante la sumision que como vasallo hizo á D. Sancho, y marchó á Sevilla donde encontró albergue merced á la generosidad del monarca islamita.

Dueño ya D. Sancho tanto de Leon como de Galicia, aspiró tambien á la herencia de sus hermanas, y procurando dar á su agresion un pretexto que la justificase, quejose de que favorecian y se interesaban extremadamente por su hermano Alfonso, como así era verdaderamente.

Considerable era la hueste con que se dirigió sobre Toro. D.<sup>a</sup> Elvira, tímida como mujer, y no queriendo que por su causa se vertiese sangre cristiana no le opuso resistencia y se resignó á perder el señorío que su padre la legara, pero Urraca no accedió con tanta facilidad.

Dotada de un carácter mas enérgico, contando con el apoyo de los zamoranos que estaban resueltos á defenderla á costa de sus vidas, y profundamente irritada por la conducta seguida por Sancho con sus demás hermanos, cerró las puertas de Zamora á la aproximacion del castellano, cubriéndose los muros de la ciudad de soldados dispuestos á la mas encarnizada resistencia, haciendo uso de todos los ingenios y máquinas de guerra en uso entonces.

El valiente Arias Gonzalo tomó el mando de la plaza y dispúsola tan perfectamente que durante muchos dias sufrió los ataques del sitiador, mas enfurecido al ver lo infructuoso de sus tentativas.

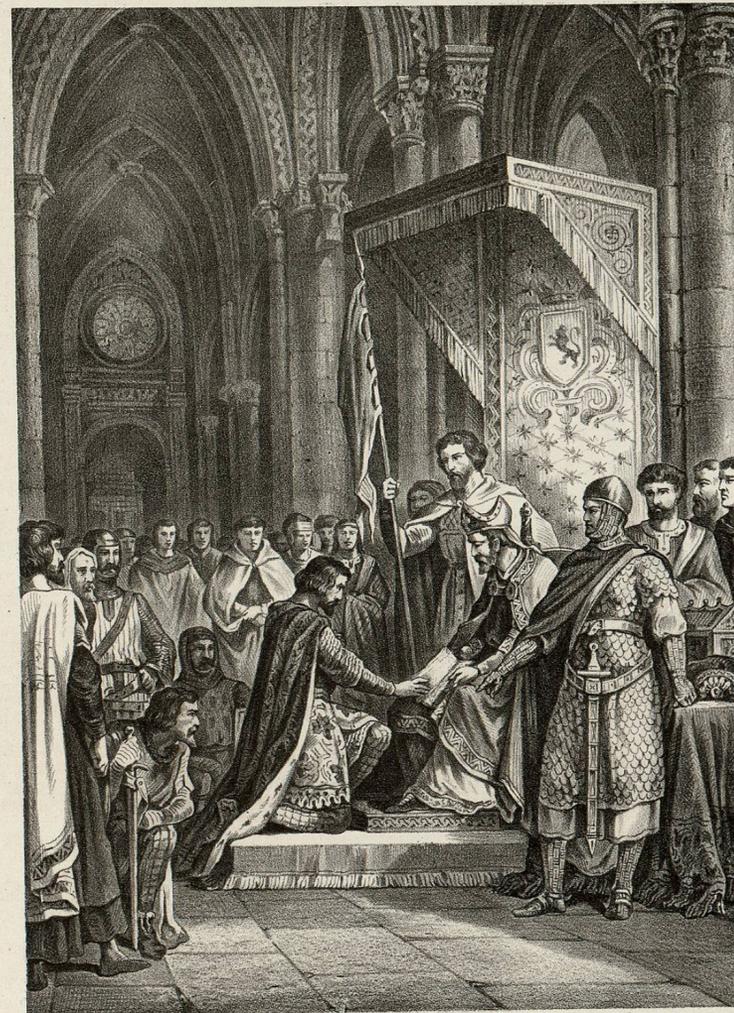
Mas si los zamoranos no cejaban, no estaban tampoco dispuestos á levantar el cerco los castellanos, y tanta constancia y tan frecuentes combates empezaban á cansar á la esforzada poblacion, cuando un dia presentóse en el campo de D. Sancho un hombre que le ofreció mostrarle una parte del muro por donde podria entrar en la plaza.

Llamábase este Vallido Dolfos, y D. Sancho, escuchando mas la voz de su vengativo anhelo que la de la prudencia, no solamente dió crédito á sus frases, sino que seguido del zamorano salió para reconocer el lugar que se le indicaba.

Vellido, cuando se vió lejos del real de los de Castilla, aprovechó un momento de descuido del Monarca que contemplaba el muro, y le atravesó el pecho con la lanza que llevaba.

Rodrigo Diaz, el Cid, que estaba en el ejército castellano, apercibido de la traicion de Vellido, lanzóse en su seguimiento y ya le faltaba poco para alcanzarle, cuando abriéndose una de las puertas de la ciudad, pudo el asesino refugiarse en ella.

Tal fue la muerte del rey D. Sancho II de Castilla, que por su valor ha merecido el dictado de Sancho el Fuerte.



JURAMENTO DE S<sup>TA</sup> GADEA EN BURGOS.

## CAPITULO XL.

Alfonso VI rey de Castilla y Leon.—Su alianza con el rey Al-Mamum de Toledo.—Conquista de Toledo por D. Alfonso.—Concilio.—  
Zaida, la hija del rey de Sevilla es ofrecida en matrimonio al monarca castellano.

PROFUNDA consternacion causó en el campo castellano la muerte del monarca, y presto hubieron de tocarse las consecuencias de ella.

Compuesta la hueste de gallegos, leoneses y castellanos, es fácil comprender que los primeros, que ya servían de mala gana, manifestaran su descontento con mayor motivo entonces y por lo tanto separáronse de aquel sitio, dirigiéndose cada fracción á su respectivo territorio.

Los castellanos recogiendo el ensangrentado cuerpo de su señor lleváronle al monasterio de Oña, donde se le hicieron las fúnebres exequias, congregándose despues los nobles en Búrgos para elegir monarca, pues D. Sancho no habia tenido sucesión.

Unánime fue el acuerdo de elegir á D. Alfonso su hermano á condicion de que prestara juramento de que ni directa ni indirectamente tuvo parte en la muerte de D. Sancho, é inmediatamente se enviaron á Toledo mensajeros que participaran al noble emigrado el cambio que en su suerte se acababa de verificar.

Tambien su hermana Urraca, de acuerdo con los leoneses, mandó un mensaje á fin de que evitase que supiera nada el rey Al-Mamum, no fuera que ó retardase su salida ó le impusiera para concedérsela, humillantes condiciones.

Unos y otros mensajeros tropezaron á las puertas de Toledo con D. Pedro Ausurez, que diariamente salía á pasear por los alrededores de la ciudad por si acaso podia recibir nuevas de su patria, y por él se enteró D. Alfonso de tan importantes acontecimientos.

Largo rato lleváronse discutiendo sobre la conveniencia de ocultar al musulman lo que habia, hasta que por fin el electo rey de Castilla y Leon decidióse por confesarle la verdad pareciéndole indigno ocultar nada á quien tan generosamente se portara con él.

Apenas Al-Mamum hubo escuchado el relato que su huésped le hizo, embargado de gozo, es fama que exclamó: «Gracias doy á Dios que te ha inspirado tal pensamiento. El ha querido librarme á mí de cometer una infamia y á tí de un peligro cierto; si hubieras intentado fugarte de aquí sin mi conocimiento y voluntad no hubieras podido salvarte de la prision ó la muerte porque ya habia hecho vigilar todas las salidas de la ciudad con orden á mis guardias de que aseguraran tu persona. Ahora ve, y toma posesion de tu reino y si necesitas algo, oro, plata, caballos, ú otros recursos, de todo te podrás servir pues todo te será inmediatamente facilitado.»

Semejante proceder por parte de Al-Mamum es digno del mayor encarecimiento, y no solamente son los historiadores árabes los que le refieren, que entonces pudiera parecernos sospechoso su aserto; son los historiadores cristianos los que le refieren tributando los elogios á que se hizo acreedor el musulman (1).

La única exigencia que este tuvo fue que Alfonso respetara su reino y le ayudase contra los árabes si le combatian, comprometiéndose él á lo mismo respecto al cristiano, siendo extensivo este convenio y respeto recíprocos á su hijo Hixem, quedando excluido de este pacto, sin que podamos comprender la razon, su segundo hijo Yahia.

D. Alfonso accedió con tanta mayor voluntad cuanto que solo tenia motivos de agradecimiento respecto á Al-Mamum, y dirigiéndose á Zamora donde ya su hermana lo tenia todo preparado para su proclamacion, despues de verificada esta, se fué á Búrgos.

La condicion con que los castellanos habianle elegido no puede negarse que era harto dura, pero habla muy alto en pro de la nobleza é hidalgua que la inspirara.

Hé aquí en que términos describe un historiador la ceremonia del juramento y el lugar en que este se verificó (2):

«En un tablado alto para que todo el pueblo lo viese se puso el Rey, y llegó Rodrigo Diaz á tomarle el juramento, abrió un misal puesto sobre un altar y el Rey puso sobre él las manos y Rodrigo dijo así: *rey D. Alfonso, ¿vos venís á jurar por la muerte del rey D. Sancho vuestro hermano, que si lo matastes ó fuistes en aconsejarlo decid que sí, y si no murais tal muerte cual murió el Rey vuestro hermano, y villanos os maten que no sean hidalgos y vengan de otra tierra que no sea castellana?*

El Rey y los caballeros respondian Amen. Segunda vez volvió Rodrigo, y dijo: *¿Vos venís á jurar por la muerte del Rey mi señor que vos no lo matastes, ni fuistes en aconsejarlo?* Respondió el Rey y los caballeros: Amen.

*Si no murais tal muerte cual murió mi señor; villanos os maten que no sean hidalgos, ni sean de Castilla, si no que venga de fuera, que no sea del reino de Leon;* y el respondió: Amen, y mudósele el color. Tercera vez volvió Rodrigo á decir estas mismas palabras al rey, el cual y los caballeros dijeron: Amen.»

Fácil es de comprender que no habia de causar muy buen efecto en el ánimo del monarca la repetida exigencia de Rodrigo Diaz, máxime si como dice la crónica, anduvo despues algo mas atrevido con el monarca, pero de cualquier modo, es lo cierto que desde la famosa jura celebrada en la iglesia de Santa Gadea, quedó en el ánimo del Rey algun resentimiento respecto al Cid.

(1) Boder. Tolet. de Reb. in Hisp. Gest.—Luc. Tud. Chron. ubi sub.  
(2) El obispo Fr. Prudencio de Sandoval en los Cinco Reyes.

Su hermano D. García, el refugiado en Sevilla cuando D. Sancho le arrebató sus dominios, creyó llegada la ocasion de obtener alguna ventaja, y regresó á Castilla, pero D. Alfonso temeroso de que semejante venida pudiera proporcionarle alguna alteracion en el reino, mandóle prender y encerrar en el mismo castillo de Luna, donde ya estuvo otra ocasion, permaneciendo en él hasta su muerte ocurrida diez y siete años despues.

La guerra que el rey de Sevilla y Córdoba Ebn-Abed-Al-Motamid movió al de Toledo, presentó ocasion al castellano para mostrarle su amistad y gratitud, y penetrando su hueste junta con la de Al-Mamum por las tierras del sevillano, apoderáronse de Córdoba donde en medio de la refriega pereció el hijo de Ebn-Abed.

Tampoco le fue dable á este defender á Sevilla de la que se apoderaron los aliados quedando esta por espacio de seis meses en poder de Al-Mamum.

Al cabo de este tiempo y cuando ya los castellanos regresaron á sus hogares, enfermó el rey de Toledo en ocasion que repuesto ya Ebn-Abed tenia sitiada la ciudad. El toledano falleció pocos dias despues, y desalentadas sus tropas no opusieron gran resistencia á su contrario que recobró su corte, apoderándose despues de Córdoba dando muerte al gobernador que en ella dejara Al-Mamum.

Hixem Al-Kadir, hijo de este, habia quedado como ya dijimos, bajo la tutela del rey de Castilla, mas su reinado fue brevísimo, pues á poco se ve que á consecuencia de un motin le desposeyeron del trono los de Toledo por considerarle sumamente afecto á los cristianos poniendo en su lugar á Yahia su hermano.

En medio del confuso laberinto en que se encuentra envuelto todo este período tanto en las crónicas musulmanas como en las españolas, no es posible encontrar la verdadera luz sobre ciertos hechos, pues unos los ponen en una fecha, otros en otra, aquellos lo refieren de un modo, estos de distinto, los que tenían motivo para saberlo callan cosas que los que están mas léjos refieren y en este caos, en esta confusion preferimos seguir la marcha trazada sobre este embrollado período por D. Modesto Lafuente.

La eleccion que los toledanos hicieron respecto al segundo hijo de Al-Mamum, no debia serles muy benefica cuando les vemos poco tiempo despues enviando un mensaje al rey de Castilla para que fuese á poner cerco á la ciudad para cuya posesion le ayudarían.

Además, el mismo Al-Motamid de Sevilla ganoso de ver la ruina de la familia de los ben-Dilmun de Toledo, incitó á D. Alfonso á que rompiese la alianza que con ella tuvo aceptando la suya, y como por otra parte el castellano no estaba comprometido con Yahia, sino con su padre y su hermano, resolvió emprender aquella conquista para lo cual comenzó á hacer los aprestos necesarios.

En 1078 dió principio el monarca de Castilla á sus entradas por las tierras de Toledo, y en los años siguientes prosiguió talando sus campañas y apoderándose de plazas tan importantes como Talavera y otras.

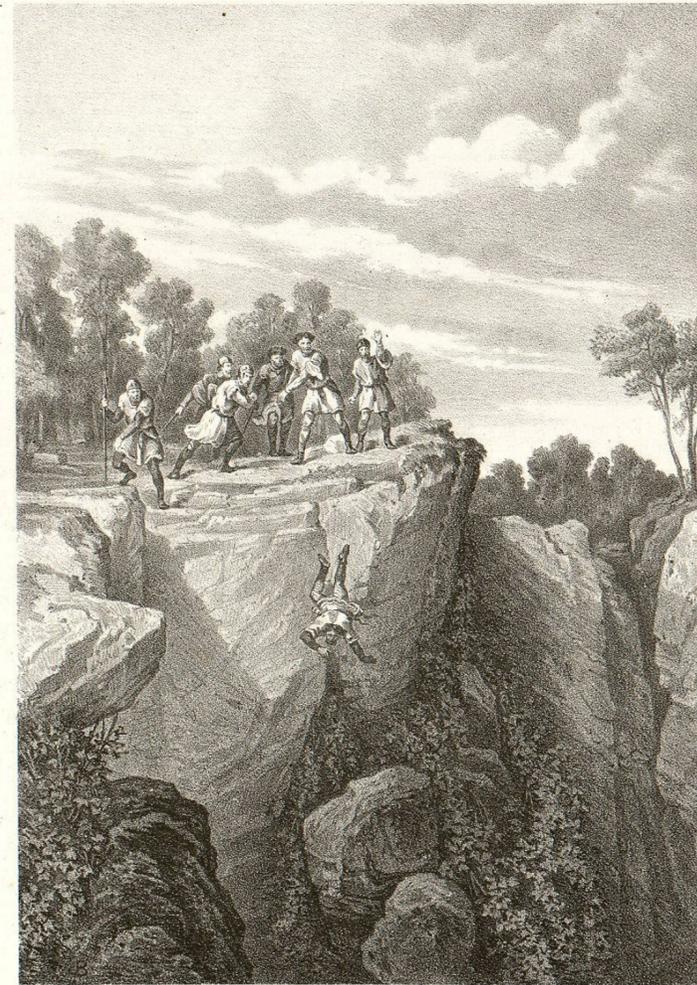
El sevillano cada vez mas interesado en fortificar y robustecer su amistad con D. Alfonso envió al diestro y sagaz Aben-Omar el cual le ofreció darle por esposa á su hija Zaida con la dote de varias ciudades de que él se apoderaria, proposicion que aceptó el castellano.

Por mas que el rey de Toledo pidió auxilios al de Badajoz, los soldados que este le envió no llegaron á su destino, y el rey don Alfonso penetró por fin en la corte musulmana por medio de capitulacion, el dia 23 de mayo de 1085, dirigiéndose Yahia con sus tesoros y muchos de sus caballeros á Palencia que en virtud de las capitulaciones debia ayudarle el rey de Castilla á recobrar.

Trescientos setenta y cuatro años habia estado la antigua corte goda en poder de los infieles, y el rey Alfonso deseoso de volverle su antiguo poder religioso congregó un concilio en el cual se restauró la silla metropolitana, quedando elegido para ocuparla el abad de Sahagun, Bernardo, de origen francés, y que habia sido monje de Cluni, varon entendido y celoso por la religion católica.

Este celo pudo haber traído fatales consecuencias para la nueva adquisicion hecha por el castellano, pues aprovechándose el prelado de la ausencia del monarca, que habia marchado á Leon, de acuerdo con la reina D.<sup>a</sup> Constanza, su compatriota y protectora, una noche, acompañado de operarios y soldados, violentó las puertas de la grande aljama ó mezquita de los moros, purificóla, hizo poner algunos altares y mandó colocar una campana en la torre.

Semejante infraccion de los tratados á los pocos dias de haberse hecho, irritó á la poblacion musulmana, que era inmensa, y esta irritacion fue mucho mayor en D. Alfonso, que al tener noticia de ella, salió de Leon apresuradamente, dirigiéndose hácia Toledo dispuesto á castigar severamente al arzobispo, y aun á la misma reina, siendo tan violenta su cólera, que fue necesario que los mismos árabes salieran fuera de la ciudad acompañando á los caballeros cristianos, y le suplicasen rendidamente que dejase las cosas como estaban, antes que las violentas medidas que pensaba tomar, acarreasen mayores disgustos. Grandes esfuerzos costó el hacerle ceder, y cuando lo hizo, verificó su entrada en la poblacion entre las aclamaciones de la multitud.



MUERTE DEL REY D. SANCHO DE NAVARRA.

Riera Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.